

El Colegio va á doblar en lo sucesivo sus gastos de empleados, catedráticos, luz, reparaciones; pero termina su edificio, recupera su importancia, ensancha su esfera de acción, sirve mejor á los jóvenes y coadyuva al bien de la Patria.

Aunque el Sr. General Reyes no dejara en el ramo de la Instrucción Pública más título de honor que éste, le bastaría para ser perdurablemente recordado con gratitud por los hijos del Colegio del Rosario.

## Prodigios de la Ciencia

(De la *Revista Contemporánea*)

Un día de estos, bajo el influjo de una depresión del espíritu, honda é insuperable, porque no tenía causa advertible, fui á visitar á un amigo ciego, cuya familia pensaba encontrar en la mayor tristeza, de resultas de una operación que había sufrido mi amigo, sin obtener éxito alguno. Era una tarde de estas luminosas y opresivas en que un cielo sin nubes y un horizonte de tintes violáceos, en vez de convidarnos á admirar la naturaleza, parece que nos impulsaran la necesidad de ser tristes haciéndonos mirar hacia adentro con una crueldad superhumana. Antes de ver á mi amigo, tuve la sorpresa de advertir el júbilo de sus hijas y de su esposa por el éxito entero de la operación que me habían dado por incierta. Había en esa casa feliz una onda de alegría que saliendo de las personas se comunicaba á los objetos inmediatos y á la naturaleza indiferente y lejana. Este hombre, de un gran corazón, de una inteligencia y una sensibilidad que le acercan á la comprensión más generosa de la vida y de sus obras, veía por la primera vez en una existencia muy accidentada las cosas que nosotros miramos diariamente; y el gozo de su alma buscaba personas á quienes comunicar la feliz aventura. ¡Qué placer

tan grande para los que escuchaban esa palabra inteligente y cultísima, descubrir en los objetos más insignificantes, virtudes y primores que de ordinario se nos escapan! Aquellos ojos velados por una sombra persistente habían contemplado por la primera vez, á la luz del sol occiduo, la línea con que se separan del horizonte estas colinas yermas que miramos todos los días, sin percatarnos de su austera belleza. La palabra impresa que para nosotros carecería de encanto si no estuviera asociada á los sonidos que representa, él la había observado, sorprendiendo en ella quién sabe qué símbolos de misterio. Miraba las cosas, sacando de ellas una belleza racional é interna, y tenía como recelo de tocarlas, no fuera que el tacto desvaneciese la imagen visual y le presentara la forma incolora á que le tenía acostumbrado la falta de la vista.

Al salir de la pieza oscura en donde la alegría de vivir había formado nuevo ambiente, noté con sorpresa que la naturaleza se había transformado en breves instantes. La sabana gris, desolada por el beso perpetuo de una atmósfera inclemente y seca, encerraba todas las armonías y todos los encantos de los matices suaves. ¿Estaba el aire más transparente? ¿De dónde provenía el aspecto nuevo con que se ofrecían á mi vista las rocas yermas, las tierras socavadas por la codicia humana, el arroyo silencioso deslizándose como á su pesar por entre los guijarros musgosos y las hojas muertas? ¿Era posible que minutos antes, bajo el influjo de una depresión del espíritu, honda é insuperable, porque no tenía causa advertible, hubiera pasado bajo este cielo purísimo y sobre estos objetos milagrosos, sin percibir su belleza y sin cantar con ellos el himno de alegría que por dondequiera entona la naturaleza? Mi amigo, en sus horas de tinieblas, se había representado el paisaje haciéndose leer la obra de Ruskin, el taumaturgo de la palabra, y su espíritu, tantalizado por el prestigio de aquella frase evocadora, encontraba en este momento fría y descolorida la expresión mágica del escritor, que les enseñó á los testigos de un siglo desnaturalizado é

inquieto dónde residía el alma del paisaje, y en qué detalles imprecisos se cifra el encanto de la pintura simbolista.

El cuadro anterior se completa con la siguiente carta:

*Bogotá, Julio de 1905*

*Sr. Dr. D. Indalecio Camacho*

Distinguido señor y amigo:

Raras veces podrá emplearse este término de "amigo" en un sentido tan propio y adecuado como en esta ocasión, en que lo empleo yo para expresar á usted, en mi nombre y en el de los míos, nuestro reconocimiento por uno de los mayores beneficios que un hombre puede recibir de otro, cual es la restitución de la vista.

Eso debo yo á usted, señor doctor. Su ciencia extraordinaria y su habilidad maravillosa han sido, después de Dios, la benéfica mano que, aplicada á mis ojos, les ha devuelto la luz.

Pero dije mal; pues usted no sólo me ha restituido la vista con que nací, sino que me la ha devuelto más capaz que nunca, porque habiendo sido yo siempre miope y habiéndome sobrevenido después la ceguera casi completa, á causa de cataratas en ambos ojos, usted las extirpa tan perfectamente, que yo he quedado viendo sin necesidad de anteojos de miope.

Imponderable es este favor, y por eso no acabo de dar gracias á la Divina Providencia, que dotó á usted de tanto talento y de tan buena voluntad como requiere la serie de sus maravillosas curaciones.

Cuando se pregunta cuál es la desgracia suprema entre las desgracias de la vida, siempre se presenta espontáneamente, ocupando por lo menos un puesto en primera línea, la lastimosa ceguera, porque, en efecto, todo ciego puede decir lo que el santo Tobías al Arcángel, que luego lo curó:

"¿Qué gozo puedo yo sentir cuando estoy privado de la luz del cielo?"

Reciba, pues, usted, Dr. Camacho, la manifestación de mi gratitud intensísima y perdurable, la cual no me puede dictar mejores expresiones que las que empleo cotidianamente para rogar á Dios continúe largos años asistiendo á usted con los dones de su sabiduría, entendimiento y ciencia, avivando en su corazón el amor al prójimo y la misericordia para con los desgraciados privados de la vista; guardando esa modestia de usted que tan bellamente concierta con sus privilegiados talentos, así como su religiosidad, laudable sobremana y meritoria, especialmente en una época en que la brillante ignorancia supone que el genio no puede ser religioso.

Su verdadero amigo y agradecido servidor, q. b. s. m.,

ARTURO MALO O'LEARY

## RASGO BIOGRAFICO DEL ILMO. SR. DR. FRAY CRISTOBAL DE TORRES

(FRAGMENTOS)

El Ilmo. y Revdmo. Doctor y Maestro D. Fray CRISTÓBAL DE TORRES, hijo legítimo de D. Juan de Torres, escribano del crimen de la ciudad de Santiago de Burgos, y de D.<sup>a</sup> Agueda de Motones, nació en dicha ciudad el domingo 27 de Diciembre de 1573, y fue bautizado por el Dr. Lago, Cura propio de la iglesia parroquial de Santiago de Burgos, el lunes 4 de Enero de 1574, habiendo sido sus padrinos Iñigo de Zumel Saravia, escribano mayor, y D.<sup>a</sup> María de Saravia, hermana de éste y mujer del Licenciado Juan López de Basurto: así consta en la certificación de la partida de bautismo, expedida en Burgos á 16 de Febrero de 1787, por el Cura licenciado D. Jerónimo Morales, comprobada á 28 de los mismos por los tres escribanos reales de Burgos, Julián Alvarez, Alonso de Melo y Lorenzo de Rueda: este docu-